



ESPEREMOS QUE EL DÓLAR NO SE DISPARE - Santiago Rueda Fajardo

En un mundo donde las geografías suelen trazarse con líneas convencionales, esta exposición propone un mapa inédito, fragmentado y lleno de resonancias: Bocas de ceniza y Barranquilla, la emblemática "Puerta de Oro" del Caribe colombiano; la Hacienda Nápoles, epicentro de una historia narco y animal insólita; Bogotá, Quito y Guayaquil, nodos urbanos que dialogan más allá de fronteras políticas; y un Pacífico expandido, poco explorado en sus conexiones históricas y contemporáneas entre Ecuador, México y Australia. Esta muestra desdibuja las convenciones territoriales para abrir un vasto mundo oceánico austral, un espacio fluido donde fluyen no solo mercancías y drogas, sino también memorias, tradiciones, resistencias y cosmologías que entrelazan continentes y culturas en constante movimiento y reconfiguración. Es un viaje que desafía la idea misma de frontera, y que invita a pensar la región desde un horizonte trans oceánico, donde las geografías inusuales se convierten en escenarios de diálogo, crítica y creación.

Esperemos que el dólar no se dispare no es solo un título, es una sentencia que resuena en el pulso de las geografías y economías que atraviesa esta muestra. El dólar, moneda internacional por excelencia, actúa como hilo invisible que conecta territorios distantes y disímiles: desde Ecuador, país dolarizado que vive bajo esta moneda extranjera, hasta Australia, con su propio dólar, símbolo de soberanía económica pero también parte de una red globalizada de poder financiero. En este universo oceánico-austral, el dólar no es solo dinero, sino metáfora de conexiones económicas, culturales y políticas que impactan directamente en las vidas, los ecosistemas y las historias de quienes habitan estos lugares, revelando paisajes donde la economía global y las tradiciones locales se cruzan con violencia, humor negro y esperanza.

X Andrade: Hipopótamos narco y la estética del desastre

Desde Bogotá, X. Andrade+Full dollar, trabaja este año con un pintor callejero que vive en Guayaquil, Rudy Ayora, para producir 169 paisajes con hipopótamos, número que coincide con el conteo oficial de estos animales en Colombia. Estos incongruentes invasores de la Hacienda Nápoles, en la ribera del río Magdalena, principal arteria fluvial de Colombia, aparecen en idílicos atardeceres ajenos a la devastación que simbolizan. X. Andrade+Full dollar, expone la narcoestética globalizada como un juego perverso donde el arte contemporáneo se entrelaza con la artesanía popular, a través de una doble autoría que refleja la tensión entre intelecto y calle, entre la voz que manda y la que pinta. El resultado es una sátira cruel: mientras los hipopótamos siguen reproduciéndose como un síntoma del desastre, sus retratos se vuelven objetos de contemplación estética. Un humor negro que desnuda la hipocresía de un sistema que maquilla la tragedia ambiental y social con imágenes bonitas, mientras los verdaderos actores quedan al margen, invisibilizados.

Emma Anna: Visiones micrológicas desde el sur del mundo



La obra de la artista australiana Emma Anna se instala como un nodo psíquico y poético en este entramado de geografías inusuales. Mientras otros artistas de la muestra trabajan con el océano, el río, el territorio o la artesanía como superficie de operación, Emma lo hace desde el subsuelo, desde ese mundo invisible, orgánico y profundamente interconectado del reino fungi, expandiendo una geografía mística donde los mapas no se trazan con rutas sino con esporas, y donde la imagen no describe sino que invoca. Con base en su experiencia entre Australia y América Latina, Emma ocupa una posición liminal: habla desde un sur dentro del sur, pero no el sur del mapa político, sino el sur del inconsciente colectivo, donde convergen botánica, mitología, alquimia visual y cultura popular.

El video *Un paseo por el bosque*, inicialmente collages en claro homenaje a la tradición del grabado científico y las cartas del Tarot, ahora convertidas en animación, representan una relectura visual y botánica de los Arcanos Mayores, compuesta por motivos caleidoscópicos de hongos reales, dispuestos en formas especulares que aluden tanto a los diagramas esotéricos como a las estructuras moleculares. Cada imagen ha sido animada cuidadosamente para activar su carga simbólica y biológica, creando un ambiente inmersivo y ritual donde la imagen se convierte en visión y el tiempo en trance. El bosque es un teatro simbólico, un laboratorio de imágenes donde cada hongo se convierte en una puerta hacia lo invisible. Los Psilocibios se funden con la mirada iniciática del Hierofante; la poderosa Amanita muscaria deviene en El Mago, arquetipo del poder que transforma la materia; las delicadas Chanterelles, asociadas a lo femenino y lunar, encarnan La Suma Sacerdotisa, custodia de los misterios ocultos.

En este tarot micológico la sabiduría de las cartas se entrelaza con el conocimiento empírico de la micología y la magia popular. Se trata de una propuesta de lectura alternativa del presente, donde el reino fungi –invisible, marginal, subestimado– aparece como clave para entender las interdependencias, ciclos y mutaciones que sostienen la vida en el planeta.

La elección del hongo como símbolo central no es inocente. Como organismo que descompone, conecta, transforma y fertiliza, el hongo es metáfora del colapso y la regeneración, del fin y del inicio, de la muerte y de la visión. En una era marcada por el colapso climático, el extractivismo mental y la ansiedad globalizada, Emma nos propone que miremos hacia abajo, que observemos lo que crece en la sombra, que escuchemos lo que susurra la humedad. Cada imagen animada funciona como un portal en movimiento, una carta vibrante que no sólo representa, sino que invoca y transforma. Las repeticiones, reflejos y mutaciones visuales imitan la lógica del bosque micológico, una experiencia audiovisual que no apela a la razón, sino al sistema nervioso: una meditación simbólica en clave botánica, que permite conectar con una dimensión espiritual del paisaje.

Ojo de Tijera: cortar para ver

La segunda pieza, *Ojo de Tijera*, introduce una torsión material y conceptual en su práctica. Una escultura metálica formada por múltiples tijeras dispuestas en círculo forma un iris afilado, amenazante, ritual, donde la visión no es un acto pasivo sino una acción quirúrgica, incisiva, incluso violenta. El centro vacío del ojo es también su potencia: lo que falta es lo que mira.



La obra es un símbolo derivado de su proyecto Cut X Paste, una plataforma pedagógica en la que Emma enseña el collage como forma de acceso al inconsciente y de creación colectiva. En este contexto, las tijeras son herramientas chamánicas, como bisturís del alma, que permiten reconfigurar las imágenes del mundo al cortar y reorganizar sus fragmentos. La obra plantea que ver es también editar, seleccionar, amputar.

Este ojo metálico, hecho de tijeras comunes, se convierte en un portal industrial al subconsciente. La pieza puede leerse tanto como símbolo de introspección visionaria, como también de vigilancia social, de represión, de censura. En ese filo ambiguo habita su fuerza: es una visión cortante, una visión que corta.

En síntesis, a través de ambas obras, Emma Anna traza una cartografía esotérica y austral que se desmarca de las lógicas tradicionales de la representación geográfica. Desde Australia –otro país dolarizado, pero con su propio dólar, con sus propios hongos, con su propio tiempo invertido–, la artista propone una conexión entre el sur global y el sur espiritual, un viaje hacia adentro, hacia el inconsciente simbólico del mundo natural.

Emma dialoga con la lógica del micelio: una red subterránea, interconectada, descentralizada. El Pacífico que ella activa no es una vía de comercio, sino un océano mental, un bosque místico donde los saberes se ramifican en silencio, y donde el conocimiento se transmite no por conquista, sino por resonancia. Así, su trabajo ofrece una entrada lateral a esta muestra: si el dólar se dispara, ¿qué otra economía –afectiva, simbólica, botánica– podemos imaginar? Tal vez, como sus hongos, la respuesta esté bajo tierra. O detrás del ojo que corta.

Teo Monsalve: El Viaje Eterno y la cartografía del mestizaje cósmico

El Viaje Eterno es un proyecto que se despliega en tres actos como una travesía estética, espiritual y política a través del océano Pacífico –un océano poco considerado como puente cultural y geográfico, y sin embargo, absolutamente central para el mestizaje material y simbólico de las Américas. La propuesta no parte de una nostalgia arqueológica, se ubica en el presente y desde allí reconstruye rutas imaginarias y personales, anudando la historia de los intercambios entre la costa ecuatoriana (Manabí, Santa Elena) y la región mesoamericana, particularmente el actual territorio mexicano. La columna vertebral de esta instalación es Futurismo Neotropical, proyecto de largo aliento en el que Monsalve propone una estética que propone un giro especulativo: ¿cómo imaginar el futuro desde una relación profunda, ecológica, sensible con el paisaje tropical? ¿Cómo activar una ciencia ficción de la tierra, una cosmología no colonizada por el progreso?

La primera sala presenta un grabado en cobre sobre una estructura que simula un tótem o columna ritual. En él aparece el Chawarquero, figura mitológica inspirada en la diosa azteca del agave Mayáhuél, traducida al contexto andino ecuatoriano. Esta figura sintetiza la capacidad ritual y transformadora del agave, planta que ha viajado –según Monsalve– entre Mesoamérica y los Andes, dejando huellas biológicas y culturales que todavía fermentan tejidos del territorio. La constelación Serpens, usada por navegantes del Pacífico, aparece entrelazada con este ícono, estableciendo un cruce entre navegación ancestral, botánica sagrada y visualidad científica. El uso del cobre no es casual: tiene una larga historia en la metalurgia prehispánica y hoy es fundamental en las



telecomunicaciones y tecnologías globales. La obra pone en tensión la temporalidad indígena con la aceleración contemporánea, revelando materiales y símbolos antiguos emitiendo significado en una era digital.

La segunda sala presenta un mural de gran formato pintado sobre papel hecho con fibra derivada también del agave. La fibra no es un simple soporte, sino un cuerpo simbólico. Monsalve la convierte en metáfora del cuerpo mestizo, de la identidad contradictoria que no se funde en una síntesis homogénea, sino que se yuxtapone y tensiona. La técnica del marmoleado –sumergir el papel en pintura flotante sobre agua– genera superficies onduladas, impredecibles, semejantes al oleaje del océano o al mapa interno del inconsciente. Monsalve nos recuerda que los flujos entre Ecuador y México no fueron solo de cacao, spondylus y cobre, sino también de imágenes, símbolos, afectos y saberes que todavía vibran bajo la corteza del presente.

Finalmente, la tercera sala presenta una caracola tallada en madera con pan de oro, realizada en colaboración con maestros artesanos del taller Hermanos Fuentes en San Antonio de Ibarra. La obra activa una colisión temporal y formal: la técnica escultórica de la Escuela Quiteña –ícono del arte colonial barroco– es utilizada aquí para tallar un símbolo pagano y cósmico. La caracola remite al número cero en la numeración maya, y a la noción de plenitud, cierre e inicio de ciclo.

La elección de la caracola no es accidental: guarda el sonido del mar, actúa como antena que capta y emite señales desde ese Pacífico expandido, donde la historia no es una línea recta sino un bucle, un eco, un remolino de memoria y transformación.

Fernando García Vásquez: Pescadores exiliados y Años Viejos cósmicos en la diáspora caribeña

En la obra de Fernando García Vásquez, la geografía se convierte en un escenario de exilio, resistencia y desplazamiento, donde las tradiciones populares cobran un matiz cósmico y apocalíptico. CODA es una instalación profundamente enraizada en las prácticas de supervivencia e invención artesanal de los pescadores de Bocas de Ceniza, en la desembocadura del río Magdalena –el mismo de los hipopótamos de Nápoles–, espolón artificial, en el que termina Barranquilla. Allí, en un entorno donde el río se funde violentamente con el mar Caribe –y donde las condiciones climáticas, las corrientes y las olas hacen casi imposible la pesca tradicional– surgió una solución insólita: la pesca con cometas.

Esta práctica, completamente marginal dentro de la historia de la pesca mundial, consiste en utilizar cometas artesanales para llevar el anzuelo mar adentro, aprovechando los vientos costeros para ganar profundidad sin embarcaciones. Las cometas se fabrican con guadua y con lo que hay: plásticos reciclados, tela, trozos de velas, restos naufragos recogidos del mar o del mismo río Magdalena. Pobres en materialidad, son ricos en invención técnica y adaptabilidad, verdaderos artefactos de ingeniería popular creados por una comunidad desplazada y resiliente. La instalación evoca el vuelo, pero también la extinción, y se presenta como un canto visual a una práctica que está a punto de desaparecer, no por agotamiento cultural, sino por una política de



desalojo silencioso que pretende convertir este espacio en un megaproyecto portuario para el comercio internacional.

La cometa, que en el imaginario infantil es un juego, aquí es también un puente entre el hombre y el alimento, entre el cuerpo y la corriente, símbolo de libertad improvisada, pero también de precariedad y de invención forzada por el despojo. En este contexto, la instalación funciona como un réquiem, o como dice el propio título: una coda, el cierre final.

En No es más que un hasta luego, García se adentra en el territorio del humor negro y la sátira social al imaginar una nave espacial tripulada por la élite extractivista y capitalista que, agotados los recursos y las personas, decide despegar para no regresar. Esta instalación, que combina arte popular y creación contemporánea, es también un homenaje a la tradición de los Años Viejos, figuras que en esta versión cósmica se convierten en viajeros interplanetarios. La colaboración con artesanos ecuatorianos, muestra un vínculo profundo entre arte y comunidad, donde la crítica social se teje con la maestría de manos ancestrales. Este relato pone en primer plano la brutal desigualdad y la ironía de un mundo donde algunos pueden escapar al espacio mientras otros quedan atrapados en la tierra arrasada, reforzando así la crítica a un sistema que privatiza el futuro mientras precariza el presente.

Conclusión

En este recorrido por geografías inusuales, donde artistas y artesanos trabajan en las intersecciones de territorios atravesados por historias de exilio, comercio, mestizaje y resistencia, el dólar emerge como símbolo y sombra omnipresente que une y al mismo tiempo fragmenta, que ofrece promesas de prosperidad y desencadena ciclos de dependencia y desigualdad. Ecuador, dolarizado, vive a la sombra de un billete que no imprime, mientras Australia maneja su propio dólar, que no deja de ser parte de un sistema global de poder que influye en los flujos económicos, migratorios y culturales que narran estas obras.

El trabajo de X Andrade, con sus hipopótamos pintados en Guayaquil para contar la historia de una narcogeografía, y el de Fernando García, que a través de cometas y cohetes interplanetarios ironiza sobre las escapatorias de las élites extractivistas, pone en evidencia el cinismo y la ironía de un mundo donde las relaciones de poder se traducen en territorios y cuerpos explotados. Emma Anna, desde un enfoque psíquico y esotérico, nos invita a navegar entre hongos y arcanos, donde la transformación y la interconexión son posibles, abriendo nuevas vías de interpretación más allá de la economía lineal. Finalmente, Teo Monsalve reconfigura el Pacífico, esa vasta masa azul pocas veces pensada como un espacio de intercambio cultural y biológico, evidenciando la riqueza y complejidad de un mestizaje cósmico que desafía fronteras y relatos oficiales.

Esperemos que el dólar no se dispare nos confronta con la fragilidad y la potencia de estos vínculos y economías, pero también con la posibilidad de imaginar otras formas de habitar estos territorios, otras monedas para valorar la vida, el arte y la memoria. En esta red de geografías singulares y prácticas colaborativas, la muestra es un llamado a mirar más allá del billete y a entender que en las trayectorias que unen Barranquilla con Guayaquil, Quito con Australia, o Puerto Colombia con la Hacienda Nápoles, se juega también el futuro de nuestras historias compartidas.